

CARIBA MALO. EPISODIOS DE RESISTENCIA DE UN PUEBLO INDÍGENA AISLADO DEL AMAZONAS | por Roberto Franco. Leticia: Universidad Nacional de Colombia - Sede Amazonia, Parques Nacionales Naturales de Colombia y Amazon Conservation Team ACT, 2012. 154 pp.

CARLOS SUÁREZ ÁLVAREZ

DOI: 10.5113/MA.3.32781

AISLADOS, PERO NO TANTO

En 1978 el periodista Germán Castro Caycedo publicó uno de sus trabajos más recordados: *Perdido en el Amazonas*, la historia de Julián Gil, un aventurero y comerciante colombiano que después de establecerse en el río Caquetá incubó la idea de convertirse en el rey de un grupo de indios “no civilizados” que habitaban el interfluvio Caquetá-Putumayo. En 1969, acompañado por el indígena Alberto Miraña, dio con una maloca, a la que entró para desaparecer por siempre. Meses más tarde, una expedición de rescate organizada por la Armada volvió al lugar de los hechos; no se encontró a Gil pero el intento dejó el asesinato de dos mujeres, dos niños y un viejo de la maloca –que se escondían en la espesura–, y el secuestro de una familia, que fue trasladada a La Pedrera. Se les bautizó como los caraballos, por el parecido del padre de la familia con un célebre boxeador de la época así llamado, aunque ya entonces el investigador estadounidense Robert Carneiro, del Museo de Historia Natural de Nueva York, aventuraba la posibilidad de que fueran los sobrevivientes de los yuris, una etnia que se creía extinta. La hipótesis de Carneiro parece haberse confirmado con los análisis lingüísticos que Juan Álvaro Echeverri realizó para esta investigación, a partir de un vocabulario que se obtuvo de la familia secuestrada.

Aquel episodio tuvo resonancia internacional: diarios de todo el mundo dedicaron al asunto páginas sensacionalistas, abundantes en “antropófagos”, “salvajes”, “instintos carnívoros”, “condiciones antropológicas desmesuradas”, “aullaban como lobos”... Yves-Guy Bergès, periodista del diario galo *France Soir*, se desplazó hasta la Amazonia colombiana, y su mediación fue fundamental para devolver a su maloca a los caraballos retenidos, aventura que relató en su libro *La Lune est en Amazonie*. Aparte de las consabidas exageraciones y los pertinentes clichés, los relatos periodísticos de Bergès y Castro Caycedo aportaron valiosa información etnográfica.

Resulta chocante que en los últimos treinta y cinco años ni periodistas ni antropólogos hayan vuelto a preocuparse por la existencia en las selvas más remotas de Colombia de grupos que hace ya siglos decidieron alejarse de la sociedad compleja, estratificada, industrial, occidental, cristiana y toda esa larga serie de epítetos que cada cual puede agregar al gusto. Desafortunadamente para los intereses de estas singulares personas, su intento de permanecer al margen ha resultado imposible; como prueba de ello, Roberto Franco nos entrega *Cariba malo*, una etnográfica atípica, convincente y comprometida. Atípica porque, respetando los deseos de no contacto de los sujetos de estudio, el trabajo de campo se ha hecho *fuera del campo*. Convincente porque demuestra de manera contundente que en Colombia existen lo que en la terminología más extendida han venido a llamarse grupos indígenas “aislados”, “en aislamiento voluntario” o “no contactados”, expresiones que se refieren a la (no) relación con el “blanco”, pero que resultan algo equívocas porque omiten otras características fundamentales de dicha relación, a saber: que en el pasado tuvieron contacto traumático con la sociedad occidental; que para evitarlo se refugiaron en áreas remotas; que hasta esos lugares siguen hoy en día llegando ocasionalmente los “blancos” (narcos, madereros, mineros, guerrilleros...), y que los encuentros entre unos y otros son frecuentes; que los productos industriales les han llegado de una u otra manera, y son por ellos conocidos y empleados. Por último, es una etnografía comprometida porque se realizó con el objetivo de “que el estado colombiano reconociera la existencia y los derechos de los grupos indígenas aislados, en especial su derecho a la autodeterminación, es decir a evitar el contacto con la sociedad nacional”, como explica Franco en la introducción. Paradójicamente, la publicación de un trabajo tan valioso como éste tal vez constituya un paso atrás en su “aislamiento”, puesto que las medidas que se tomen para garantizar su soberanía y autodeterminación supondrán también una forma pasiva e involuntaria de integración en el sistema...

Pero más acá de su compromiso político, *Cariba malo* es ante todo una investigación etnográfica e histórica que propone que los llamados caraballos del río Puré (en el interfluvio Caquetá-Putumayo) son los yuris; que cerca de los yuris habitan otras etnias aisladas (según Franco los passés, jumanas y uainumás); y que todos ellos son descendientes de los antiguos cacicazgos que dominaron el curso medio del río Amazonas hasta la llegada de españoles y portugueses en los siglos XVI y XVII.

La exposición comienza con el enigma etnológico destapado por los sucesos de 1969. Complacientes con el estereotipo, los trabajos de Bergès y Castro Caycedo presentaban unos indios primitivos, desconocidos hasta el momento, al margen de la historia, secularmente idénticos a sí mismos, sin contacto previo con el

“blanco”, probablemente antropófagos... Franco plantea el caso opuesto y trata de esbozar el dramático periplo por el que estas sociedades complejas, de abundancia, en la historia, se vieron forzadas a abandonar sus tierras ancestrales para perderse en lejanías donde garantizar su supervivencia cultural y su autonomía.

La revisión de testimonios de los primeros cronistas se convierte en piedra angular de este análisis. El autor recoge las descripciones tempranas de un río Amazonas densamente poblado, ocupado por la yuxtaposición geográfica de numerosas sociedades complejas, de poderío militar, con cierta especialización, que aprovechaban un entorno de gran abundancia natural merced a numerosas técnicas y herramientas, que gozaban de una gastronomía sofisticada, y desarrollaban rituales de diverso tipo. Sociedades entre las que se encontraban los antepasados de los yuris, en aquel entonces conocidos como yorimanes, quienes según el padre jesuita Cristóbal de Acuña, que viajó por el río en 1639, constituían “la más nombrada y belicosa nación de todo el río de las Amazonas”, “respetados y temidos por los demás”, y que ocupaban entonces un gran trecho del Amazonas entre la desembocadura del Caquetá y la del Río Negro.

Medio siglo después, el también jesuita Samuel Fritz se refiere a los yorimanes como yurimaguas y constata una realidad diferente: “Antiguamente los yurimaguas han sido muy belicosos y señores casi de todo el río de Amazonas. [...] Pero ahora están muy acobardados y consumidos por las guerras y cautiverios. [...] Se retiraron muchos a otras tierras y ríos para estar algo más seguros”. Efectivamente las epidemias, los desplazamientos forzosos, la esclavitud, diezmaron y ahuyentaron a la población ribereña, no solamente a los yurimaguas-yorimanes-yuris, sino también a otros grupos predominantes como los aisuares e ibanomas, estos de lengua arawak, y probablemente los antepasados de los passés, uainumás y jumanas.

Las crónicas esbozan la progresiva desintegración de estos pueblos, la reestructuración tanto de su identidad étnica como de las relaciones intertribales, y la denodada voluntad de alejarse del invasor: a medida que la presencia del “blanco” se extiende, más lejos se refugia el nativo. Yurimaguas, ibanomas y aisuares buscaron primero la parte baja de los ríos Putumayo y Caquetá donde, conocidos ya como yuris, passés y jumanas, fueron localizados en 1768 por el cura portugués José Monteiro de Noronha, quien los distinguió por sus tatuajes faciales, por los que se habían hecho acreedores del común denominador de yurupixunas (bocas negras). A finales del siglo XVIII João Wilckens, comisario de límites portugués, ya encontró passés y yuris en la boca del Puré, Caquetá arriba. Y cuando los naturalistas alemanes Martius y Spix recorrieron este río, uainumás y passés habitaban el interfluvio y yuris la boca del Puré.

Y por último Koch-Grünberg, que en 1905 recorrió el Caquetá y tuvo noticia de que yuris, passés y uainumás se localizaban definitivamente en las cabeceras del río Puré: habían alcanzado su último refugio. Desde esta fecha hasta los trágicos sucesos de 1969 no hubo nuevas referencias, existían solamente allá donde la mirada del “blanco” no llegaba. El testimonio del “blanco” se constituyó así en presagio trágico. El avance de la “civilización” fue la maldición del nativo.

Pero el mundo empequeñece; la dinámica productiva de esa sociedad que los indígenas rechazan no encuentra límites: en las cuatro últimas décadas una sucesión de cazadores, misioneros, narcotraficantes, guerrilleros, madereros y mineros, han incursionado en su territorio, estableciendo contacto directo o indirecto. Así lo evidencia una mirada de entrevistas que Roberto Franco ha realizado a hombres de monte que en las últimas décadas han protagonizado incursiones de diverso tipo, y que confirman la presencia de indígenas en una amplia franja del interfluvio Caquetá-Putumayo, desde el Cahuinarí (al oeste) hasta la frontera con Brasil (al este), y muy especialmente en los cabeceras de los ríos Puré y Bernardo.

El testimonio, como herramienta retórica de la etnografía, resulta aquí imprescindible (porque el trabajo de campo no es posible), y eficaz porque introduce discursos cuya expresividad supera la rigidez académica y conecta fácilmente con un público no especializado, una estrategia que será de gran utilidad para que este trabajo anime a los responsables políticos a pasar a la acción. Como los testimonios son tantos y tan variados, no sólo resulta evidente la existencia de estas sociedades, sino que el retrato que adquirimos de la humanidad de los caraballos-yuris-patones-arojes (por esos nombres se les conoce) es rico en matices. Además, de forma indirecta, nos introducen en el mundo de un heterogéneo conjunto de monteros cuyas aventuras en territorio ignoto (para el “blanco”) les eleva a la categoría de personajes novelescos. ¡Con cuánta facilidad vuela la imaginación del lector con los testimonios reproducidos!

El ayudante del misionero estadounidense que intentaba ganárselos con objetos que lanzaba desde la avioneta: “[...] y eso cayó cerca de donde estaba la gente, ellos todos salieron a mirar, nadie con nada, todos desnudos, después empezamos con las hamacas [...]. Por ahí fuimos unas veinte veces porque él venía acá a Bogotá y llegaba allá con un Curtis lleno de pendejadas, hamacas, hachas, anzuelos, cantidad de vainas para botarles allá. Siempre a la misma mala loca porque ahí era más fácil para botar todo ahí, era más abierto con plataneras y chontaduros y era más fácil [...]”.

El guerrillero indígena al que encomiendan conseguir comida y entregar machetes: “Tenían casi como siete hectáreas la chagra de ellos... y esa chagra era antigua yo creo, porque se miraba que ya no había troncos grandes, ya podridos.

Lo que se miraba era una chontadurera, muchos, muchísimo, hartísimo y se miraba plátano lo mismo. Una vez nos metimos a la casa de ellos y ahí donde observé lo que es donde ellos hacían guarapo, un tablón como canoa de hacer guarapo, estaba volteado, yo lo volteé y yo analicé la cuestión, la historia de nosotros, yo dije: ‘Pero esto, nacieron para eso también’. [...] En la maloca había unos chinchorros en forma de bejucos [...], y estaba limpiecita la casa, la maloquita y la maloquita estaba vieja ya, pero bien firme, pues tenía unos palos gruesos y unos travesaños gruesos”.

Los monteros, buscando un manchal de cedro encontraron un campamento de caza: “[...] caminamos unos quince días tirando hacia el norte, puro monte, puro monte. Caminábamos todo el día y donde nos cogía la noche guindábamos el plástico y ahí quedábamos y al otro día arrancábamos. [...] Ellos venían de la maloca de ellos al ranchito ese a cacería y pasaban unos dos o tres días ahí en cacería, pues de ahí para allá era ya un camino trillado. Arauca dijo: ‘Vamos hasta allá’. Pero yo le dije: ‘Yo no camino más’. [...] Entonces no quise, qué voy a entregarme allá a esas fieras, a esos animales allá, no sé, dicen que son bravos, peligroso”.

Después de la necesaria acumulación de testimonios, y consciente de que la sociedad actual es una sociedad de imágenes, la última actividad que Franco llevó a cabo para corroborar sus hipótesis fue un sobrevuelo que permitiera obtener evidencias irrefutables. Encontró tres malocas rectangulares con los extremos redondeados, una maloca media o abierta y un rancho a dos aguas semi abandonado. Gracias a la fotografía, una sospecha se convertía en certeza.

En su introducción Franco lamenta que “los indígenas aislados son un asunto que a pocos interesa, pues si acaso son percibidos como algo folclórico”, pero tengo que disentir. Es precisamente su carácter “folclórico” (el indio con el “tapparrabos”, el ser “primitivo”) lo que atrae la atención de la opinión pública. Cada vez que aparecen nuevos documentos gráficos de grupos indígenas aislados suelen ocupar portadas de los diarios del mundo entero. Recuerden las famosas fotos tomadas desde un helicóptero por un funcionario de la FUNAI en el año 2008: unos indígenas saliendo de su maloca con el cuerpo pintado de rojo, amenazando con sus lanzas la aeronave. Un prestigioso periódico español se atrevió a considerar a esas personas como “perdidos en el Amazonas”, y aseguró que “no habían tenido contacto con el ser humano”; para folclórico el redactor de tal sandez.

Cariba malo trata, precisamente, de vencer el estereotipo generalizado, de entender a los habitantes del penúltimo rincón culturalmente remoto del planeta desde una perspectiva histórica que ilustre su catastrófica relación con la sociedad del “progreso”. Y lo hace tan bien que al terminar su lectura no pude

reprimir la amarga conclusión de que los grupos indígenas que habitan el interfluvio Caquetá-Putumayo no están (nunca han estado) aislados, lo que me hizo considerar que si puesto que allá donde llegó el testimonio del “blanco”, llegó el sufrimiento, ¿serán también estos recientes testimonios presagio funesto?

Hasta el momento las autoridades e instituciones colombianas y las organizaciones no gubernamentales que operan en el país no se han mostrado muy activas para evitar el previsible desastre. Es cierto que *Cariba malo* ha sido editado por la Universidad Nacional de Colombia, el Ministerio de Medio Ambiente (Parques Nacionales), y la ONG Amazon Conservation Team (que patrocinó la investigación de Franco); es cierto que en 2002 se creó el Parque Nacional del Río Puré y que entre sus objetivos se encontraba el de proteger el territorio de los indígenas aislados que lo habitaban; y también es cierto que el Gobierno nacional estableció en su plan de desarrollo *Prosperidad para Todos* la necesidad de definir una política pública para la protección de los pueblos indígenas aislados, y promulgó el Decreto Ley 4633 del 9 de diciembre de 2011, que establece el derecho de los pueblos aislados a mantenerse sin contacto y su derecho a tener un territorio bajo la figura jurídica de resguardo; pero estas iniciativas son por el momento anecdóticas si las comparamos con las de países vecinos como Brasil, donde desde 1987 existe en el seno de la FUNAI la Coordinación General de Indios Aislados, que se encarga de diseñar toda una política de actuación para la protección del derecho a la autodeterminación y el territorio de los *isolados*. En Perú, donde el Estado ha reconocido ya cinco reservas territoriales en favor de estos pueblos, han sido las ONG y las organizaciones indígenas las que han denunciado públicamente los graves perjuicios que la explotación petrolera y otras industrias extractivas están produciendo en sus territorios, y aunque la situación es en muchos casos crítica, existe al menos un intenso debate.

Cariba malo supone un desafío a la opinión pública y al Gobierno colombiano para que demuestren si reconocen el derecho de estas personas a mantenerse apartadas de una sociedad que amenaza su existencia.

Cariba malo: el blanco es malo.